

SUPLEMENTO FEMENINO

DE

EL BIEN PÚBLICO

Mañón, 12 de Febrero de 1925

EL ÁNGELUS

Por Leonor Martínez de Cervera

Cuánta mística melancolía encierran esas graves y lentas campanadas que al atardecer invitan a los fieles a la oración! El metálico acento de las campanas tórñase en llamada suave, tierna, pareciéndonos que es una voz amada la que nos convida dulcemente a penetrar en un templo, y allí, de rodillas, envueltas en la deliciosa penumbra de la hora y el lugar, inclinar nuestras cabezas en forzosa plegaria.

En esa hora nostálgica por excelencia, en la cual el ánima siente un anhelo infinito e indefinido, es cuando mejor se conoce el encanto de un templo humilde y silencioso y el de un altar sencillamente iluminado. Allí es donde verdaderamente nos sentimos cerca de Dios, dejando que el espíritu se hunda en un mar de quietud y olvido de las cosas terrenales.

Yo no concibo el fervor en esos templos en donde todo es derroche de lujo y riquezas, y a donde parece que sólo se vaya para hacer alarde de la soberbia y vanidad humana. No, allí yo no podría orar con fervor, porque todo me distraería, y la curiosidad innata en las personas, me obligaría a cada momento a volver la cabeza para contemplar a la mujer que, al entrar ha provocado un movimiento de admiración o envidia, entre los asistentes al oficio divino. Los comentarios, que a veces he escuchado sobre el vestido, sombreros o joyas de tal o cual dama, me hacen enredar una y otra vez el curso de mis oraciones, acabando por hacerme cometer una falta de respeto, ya que no oro como es debido en lugar consagrado sólo a Dios. Lo confieso, yo no puedo rezar con devoción entre tanta vanidad. En cambio, ¡con cuánto recogimiento lo he hecho siempre en aquellos templos a donde sólo van los humildes!

Siempre recordaré la pequeña iglesia dedicada a San José, allá en mi natal ciudad, porque a ella era a donde acudía cuando sentía ese último anhelo que se siente en el alma de comunicarse con el divino Creador. Muchos y hermosos templos hay allí; pero en ninguno sentía esa sensación de dulce sosiego que inundaba mi corazón en aquella sencilla capillita. Estaba ésta en humilde barriada de calles mal arregladas, en las que el andar casi era un sacrificio y que, por lo mismo, hufan de ellas las elegantes y delicadas damas. Muchas amigas me decían que no comprendían mi capricho de ir a aquel lugar, y menos el de ir

a pie. Yo sonreía sin contestarles; ¿para qué? Ellas no podían comprender la dicha que experimentaba mi alma al ir con mi cabeza cubierta por sencillo velo, y confundida con los verdaderos fieles que allí oraban, a respirar la placidez de aquel tranquilo ambiente desconocido por completo de mis curiosas amigas.

Han pasado ya algunos años y éstos me han alejado mucho, mucho de mi querida ciudad. Pero cuando los grises y oscuros tules de la noche empiezan a envolver nuestro planeta, y en esa hora de ensueño «en la que la flor se cierra y el inmenso templo de la tierra humilde empieza a orar» oigo lentas campanadas del Angelus, mi espíritu vuela a través del espacio para detenerse junto a la sencilla capillita, rememorando una vez más las horas aquellas de éxtasis delicioso saboreadas allí frente al humilde altar. Y pareceme entonces que entre el «compasado y misterioso tañido, una voz muy dulce y armoniosa murmura: «La paz de Dios es con vosotros».

(De Las Noticias).

La Moda en París

(Servicio del CONSORTIUM DE PRESSE)

París, Enero 1925

Vestidos de Tarde

Los vestidos de tarde que cuentan con la admiración de todas las mujeres de buen gusto, son verdaderamente encantadores. Se han



Vestido de satén negro y mousseline de seda roja, adornado de pequeñas cintas color rojo

adecuado de todos los espíritus femeninos y ni una sola de nosotras puede resistir a su tentación.

Ante todo, los vestidos de tarde tienen un lado práctico que ha contribuido bastante a la boga de que actualmente disfrutan. Pueden llevarse lo mismo durante el día que por la noche, es decir, por las noches normales, para ir al teatro o a cualquier otro espectáculo que no sea de carácter de gala. Además, estos vestidos son muy sencillos de forma, se ajustan bien a la línea del cuerpo y las telas que se emplean en su confección son de gran suavidad.

Para los vestidos de tarde podemos utilizar el terciopelo de seda y el terciopelo inglés con bordados. Igualmente podemos recurrir a la escala de los crespones—satin, China, Georgette—a los otomanes y muselinas de seda, a los encajes.

Entre los colores que más se ven en los modelos, señalamos el negro y a continuación otros tonos menos nostálgicos como el verde almendra, el azul, turquesa, el habana y sus derivados claros u oscuros.

Mantelería y Pañuelos

Las mantelerías para los servicios de té se distinguen ahora por un cuidado de confección y un buen gusto de primera magnitud.

Después de todo, es natural que una mujer elegante vele por el prestigio de esa cualidad en todo momento y circunstancia, y de manera especial cuando se ocupa de las funciones importantes de dueña del hogar.

Frecuentemente se reconoce la distinción por los detalles más mínimos que en ocasiones hablan con tanta elocuencia como las creaciones suntuosas.

Pero volvamos a las mantelerías para los servicios de té. Las servilletas son de telas finas, trabajadas con esmero. En los colores; una gran libertad y una variedad más amplia todavía. Predominan, no obstante, el rosa, el malva, el azul.

El mantel propiamente dicho, lleva primorosos bordados recamados, representando temas mitológicos o amables; amorcillos mofletados que tejen guirnaldas de rosas, fiestas campestres, frívolas y vistosas como en los lienzos de la escuela flamenca.

En general los colores de los servicios de té, son lisos y los tonos más usados, el azul, el gris y el cereza, que hacen resaltar convenientemente las porcelanas, los servicios de plata y la fina cristalería que figuran en los muebles de la casa.

Nuevas indiscreciones.

Lo que se llevará en la próxima Estación

¿Quiere usted, señora, escuchar algunos de los rumores que circulan en los centros bien informados, según la expresión periodística?

Centros bien informados de cuanto se relaciona con la Moda, evidentemente... Desde luego nadie discute lo relativo a la línea recta de las prendas actuales.

Los dictadores de la moda parisiense, que equivale a decir mundial, mantienen la línea recta en toda su integridad. Otro de los puntos casi inmutables es el referente a las faldas hechura-sastre. Estas serán tan ciertas como han sido este invierno.

En cuanto a colores... Beige, beige y siempre beige, como tendencia principal, casi absorbente. Claro es que en estos tiempos de democracia que corremos, la tolerancia es cosa generalmente admitida. Pero es

justo al beige omnipotente, veremos algunos grises, acaso algunos verdes — muy atenuados desde luego — quizá algún rojo, muy pálido también, y finalmente tal cual amarillo claro.

Parace que las telas primaverales llevarán bastantes aplicaciones de tejidos de la misma calidad; pero de tonos más claros en cuanto al colorido. Dichas aplicaciones estarán dispuestas de manera artística, siguiendo motivos geométricos muy variados.

Con las prendas de hechura sastré se llevará mucho el Kasha y el Repts.

La Moda y el Teatro

Siempre ha sido el teatro como un

muestrario brillante de las creaciones recientes de la moda. Un lindo vestido en la escena, concentra la atención de los espectadores durante mucho más tiempo que un escaparate de la Rue de la Paix o del Faubourg Saint Honoré. En el teatro, los asientos son cómodos, la atmósfera está caldeada y existe el aliciente de un trozo de música o de un diálogo chispeante o ingenioso.

Las espectadoras, pues, contemplan los vestidos de las actrices con sosiego, establece comparaciones, se fija minuciosamente en los detalles y saca consecuencias óra provechosas óra orientadoras; pero siempre interesantes.

Los teatros parisienses, que siempre a principios de año presentan obras nuevas, nos ofrecen por mediación de las actrices elegantes, las últimas tendencias de la moda primavera.

Según todos los indicios, la silueta femenina que nos es familiar, sufrirá muy leves trans-



B. 28.

- 1.º Vestido de niña, en reps malva, adornado con cintas color coral.
- 2.º Vestido de seda recortado en el bajo y en la capita. Adelante, forro de la capita y cuello, en satén gris. El delantero, plisado
- 3.º Vestidito de seda azul y crepé, blanco, sobre un fondo de crepé blanco plisado.

Lavados en seco
Colores finos y sólidos a la muestra
Lutos rapidísimos
Plisés, acordonados, watteaux, etcétera
Se lavan, tiñen y rizan plumas
Lavado de renards y toda clase de pieles
Visillos, stores, cortinajes y alfombras

TEINTURERIE A. CHATELAIN

BARCELONA

Representante en Menorca: VDA. DE J. SINTES

ANUNCIVAY, 26. — MAHÓN

La preferida de la gente chic

Ni más cara ni más barata que cualquiera de las de primer orden; pero la más pulcra, rápida y exacta

tantas expediciones como vapores correos

formaciones; continuará siendo esbelta, espi-
gada y juvenil.

De producirse alguna innovación, residirá
casi exclusivamente en las guarniciones, en
una hábil mezcla de tejidos y colores.

Las robes continuarán siendo de una pieza,
lisas de espalda, pero un poco más cargadas
de guarniciones que hasta ahora en la parte
delantera.

Volveremos a ver los chalecos, los jabots,
los bordados formando tiras de arriba abajo
en ambos lados de la prenda.



Vestido de reps negro y crepè georgette beige, adornado
con una broderie, oro sobre fondo beige

LA MANTILLA EN EL TEMPLO

Mujer que sabes rezar
con el habla de Castilla,
cuando vas al templo a orar,
no dejes en el hogar
olvidada la mantilla,

Que es el velo de pudor;
símbolo de la piedad:
severa como el dolor
y austera como el amor
que engendra la castidad.

Que el templo no es reunión
donde te vas a lucir:
que es morada de oración,
en donde vas a pedir
de tus pecados perdón.

Y el sombrero con sus flores
y sus cintas de colores
y sus mundanos arreos,
viene impregnado en olores
de marchitos devaneos.

Es sombrero es el altar
en donde osaste adorar
ese ídolo profano,
que ante el altar del cristiano
vienes contrita a quemar.

Y sin de perdón en pos
llegas al templo de Dios,
es locura sin ejemplo
traer el ídolo al templo
para adorar a los dos.

Pues levantas tal babel
de distracciones allí,
que duda el Dios de Israel
si vas a adorarle a El
o a que te adoren a ti.

Dios conoce la mantilla
de la dama de Castilla:
¡Ha escuchado tantas veces
las súplicas y las preces
de la española sencilla!

En ella ve la mujer
que va a la iglesia rezar,
y que no quiere perder
el tiempo que han menester
los quehaceres de su hogar

En ella ve la severa
piedad de España sincera
que, al rezar sus oraciones,

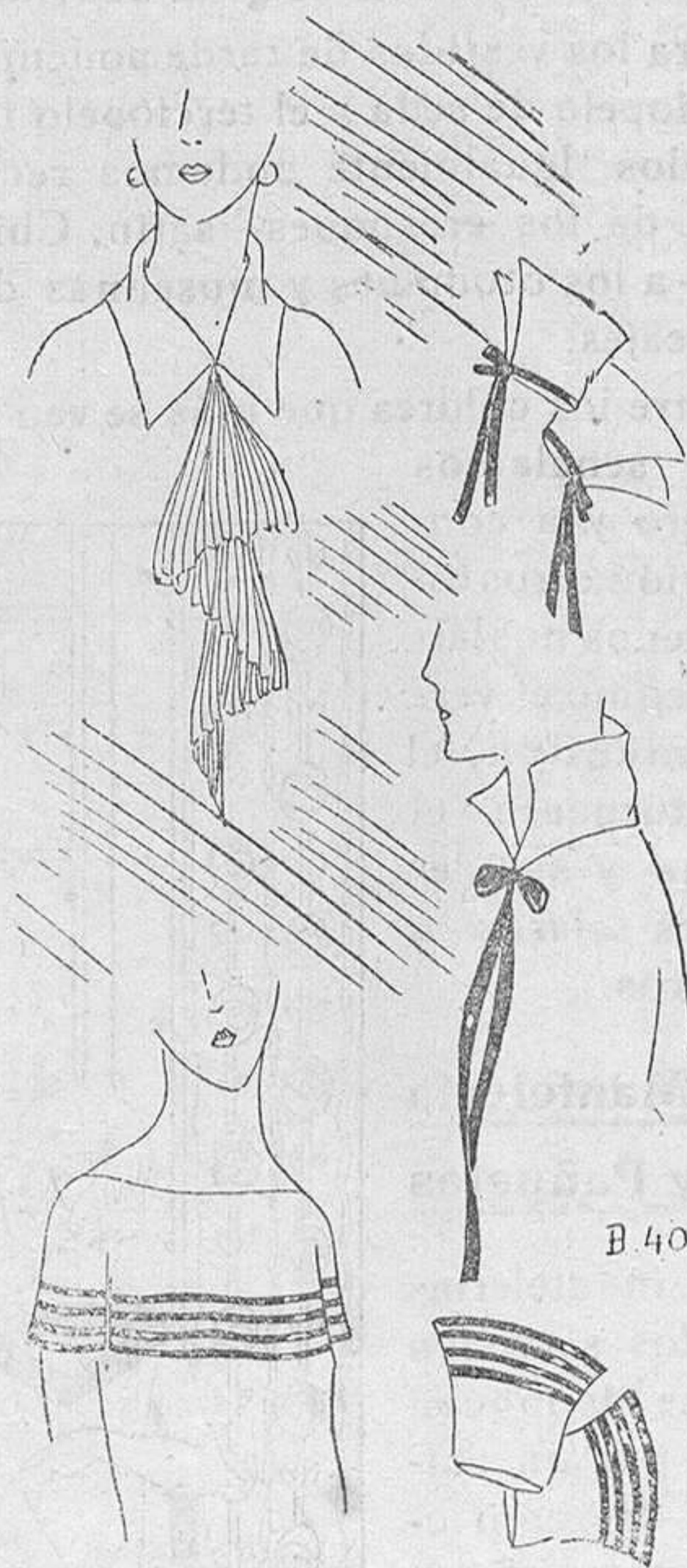
no necesita lecciones
de la piedad extranjera.
Ve a la joven ruborosa:
a la mujer recatada
que, sin ser menos hermosa,
se obstenta más pudorosa
ante su Dios enlutada.

Y aspira desde su altar
la esencia de devoción
con que la fe del Pilar
ha embalsamado el hogar
de la española nación

Y ese perfume sagrado,
en que está aromatizado
el oscuro y fino velo,
hace bajar desde el cielo
cualquier favor deseado.

Mujer, que sabes rezar,
con el habla de castilla,
cuando vas al templo a orar,
no dejes en el hogar
olvidada la mantilla.

ALBERTO RISCO, S. J.



Cuello y jabot plisado en crepè blanco
Cuello y puños de organdi blanco, adornados de cintas
color coral
Gran cuello y puños de crepè georgette ivotre, adornado
con tiras de cuero rojo

EL BESO

Olas de eterna amargura
vierten en mi corazón
tu belleza y mi pasión
tu egoísmo y mi ternura.
Cuando en ondas de hermosura
mi alma sedienta se anega,
tu cariño se repliega
huyendo del fuego mío...
beso el labio... ¡y está frío!
miro tu luz... ¡y me ciega!

J. M.

UN CUENTO PARA TÍ

UNA AVENTURA

Acodado sobre el antepecho del pal-
co, teniendo el rostro entre ambas ma-
nos, indiferente y presa del tedio, con-
templaba Arturo, el bullir de aquella
abigarrada multitud, que en un ansia
loca de diversión, como queriendo to-
dos embriagarse en la alegría agena,
movíase inquieta y alocada en el parte-
rre y en los palcos de la sala de saraos
del coliseo pueblerino, alumbrada pro-
fusamente como en los días de grandes
saletinidades.

Las serpentina como saetas de vis-
tosos colores, cruzaban el espacio, que-
dando prendidas en los antepechos de
palcos y plateas, siendo recogidas por
manos avidas, que en correspondencia,
lanzaban otras y otras, tejiendo todos

la tela de araña sutil y endeble, que leve
tirón podía deshacer, dejando caer, des-
trozándola en guedejas, toda aquella
obra efímera, que con ardorosa pasión
y en un remedo de lo que ocurre en la
vida cuerda tejían manos humanas.
Una lluvia de confetti multicolor des-
prendiase del techo, moteando los tra-
jes y disfraces, prendiéndose los visto-
sos papelillos en las sedosas crenchas de
ellas, rizadas en difíciles y complicados
tocados.

Aburríase Arturo. Sus amigos ha-
bíanle dejado solo en el palco y él presa
del hastío que produce ver como los de-
más se divierten, sentíase cansado, dis-
puesto a dejar la fiesta pero una extra-
ña laxitud de todo su ser le impedía
abandonar su indolente actitud. Cuando
más ensimismado estaba en sus propios
pensamientos y más alejado en espíritu
de aquel bullir humano, una mascarita
pizpireta, vestida con elegante traje de
Colombine, desde el palco vecino, gra-
ciosa y rápidamente cogió la punta de
la corbata deshaciéndole el lazo de un
suave tirón. La mano de ella pasó ro-
zando entre la suya y el rostro.

Molesto más que complacido anu-
dó Arturo su corbata y volvió a su es-
traña actitud de hombre que se aburre
entre una multitud que se divierte y la
mascarita repitió el juego seguido esta
vez de una exclamación poco galante
pero dicha con una voz argentina de
inflexiones gratísimas: ¡Tonto!

Intrigado por la insistencia y más
aun por la reconvencción levantose Artu-
ro y dirigió una mirada curiosa al palco
contiguo. En él, sola y amenazándole
graciosamente con un dedo estaba ella,
la mascarita gentil, que distrájole de sus
meditaciones rompiendo en un mo-
mento el hielo del tedio que le envolvía.

Preludió la orquesta un vals y él y
ella como obediendo a convenio tácito,
abandonaron los palcos. Prendiose
ella del brazo que galante le ofrecía Ar-
turo y bajaron raudos al patio dejándo-
se mecer por las suaves melodías del
vals, hablándose quedito y con cierta
confianza como si fueran conocidos de
siempre, al igual que si entre él y ella
no mediara la distancia de un anti-
faz, que muchas veces al caer abre un
abismo.

La fiesta seguía animada. De los pal-
cos salían serpentina que al no alcanzar
al objetivo caían lentamente y en pere-
zosas ondulaciones posábanse sobre los
danzarines, arrollábanse a las parejas.
En una de sus vueltas Arturo y su Co-
lombine halláronse trenzados por una
liviana cinta de papel y él quiso conce-
der importancia al fortuito y trivial he-
cho, acogiéndolo, como presagio de
felicidades. Ella, risos ingenuamente,
al tiempo que levantando su enguantada
mano que sobre el hombro de él ligera-
mente apoyaba, sin esfuerzo, quebró
la debil lazada, mientras sus labios mu-
sitaron: ¡vana felicidad que tan livianos
lazos afianzara!

Cesó la orquesta y las parejas desfil-
aron alegres apretujándose junto a las
puertas de acceso. Arturo y su Colom-
bina empujados por aquel reflujo vol-
vieron al palco, quedando, al sentarse,
enfrentados. Habló ella y habló él y en
sus frases ponían ambos una seriedad
desacorde con la frivolidad que la ja-
ranera fiesta presidía, y hablaron larga-
mente, ajenos al bullir humano, que con
rumor de bosque, azotado por vendaval,
llenaba los ámbitos del salón, hiriendo
los oídos de los que ajenos a la fiesta
amigablemente departían, dejándose
meceer Arturo por el encanto que tiene
siempre todo cuanto encubre el velo
del misterio.

Pasaron las horas en amena charla,

sin conocerla él, conociéndole ella y en
en el momento en que Arturo, termina-
do el sarao carnavalesco, disponíase a
acompañar a su gentil pareja, ella se
opuso.

—No: Arturo. Aquí ha de dar por
terminado usted su aventura. Hemos
pasado momentos deliciosos, cuerda-
mente deliciosos en una fiesta de locura
y dejaríamos ya roto el encanto, si in-
tentara usted siquiera dejar de ser el
caballero que ha sido,

—Pero... (replicó él)—voy a resignar-
me a perderla; a perderte mascarita sin
una promesa, sin una esperanza de sa-
ber quien eres, ignorando tu nombre.
aunque sé que llamándote mi bella ama-
da ya te doy el que te mereces.

—No insista Arturo. El sueño termi-
na. Allí me aguarda, véala, la farándula
de la vida, Canio, Arlequín, Tonio:
pasión, poesía, odio. A ellos y con mis
compañeros he de unirte y usted no
debe evitarlo, no ha de querer romper
el encanto de una noche feliz.

—Pero... (suplicó él) ¿No he de sa-
ber como te llamas?

—¡Mi nombre! Llámame Nedda.

—¡Nedda! Sí: Nedda. Sea y tu olvi-
da el mío para que ea lo sucesivo sea
para tí, otro Silvio enamorado...

—¡Oh, no! Silvio fué fatal para
Nedda y aquella Colombina no era esta.
Adiós Arturo, olvide a la protagonista
y conserve un buen recuerdo de la aven-
tura. Será siempre un rayo de ilusión,
como para mí un placer recordar estos
momentos.

Y sin atender la súplica Colombina,
la mascarita gentil, que con su donaire
cautivó a Arturo, desapareció veloz del
palco, unióse a sus compañeras de mas-
carada y salieron del teatro.

Arturo no volvió a saber de aquella
Colombina y cuando habla de su ino-
cente aventura carnavalesca dice siem-
pre: que Ilusión pasó por su vera ro-
zándole amorosamente con sus alas
perfumadas por la esperanza y el amor.

FRANZ.

Mahón, Febrero, 1925.

RIMA

Recorri los senderos de la vida,
buscando una mujer,
que supiera sentir como yo siento,
¡igual que yo soñé!
A mi paso encontré muchas mujeres
jurándome pasión,
¡una pasión fingida, interesada,
pero sincera, no!
Sentí en mis labios repetidos besos
de un ardiente placer,
pero jamás los besos que del alma
mitigaran la sed,
Tarde te miro y tarde te comprendo.
¡mujer que soñé yo!
¡tu serás desgraciada en esta vida!
¡te sobra corazón!

DIÁZ DE ESCOVAR

MÁXIMAS

La fuerza de la expresión está en ra-
zón de la energía del pensamiento, o
como la elevación del surtidor de agua
indica la altura del receptáculo.

—Los insolentes en la prosperidad,
son siempre viles en la desgracia.

La lengua del detractor es un fuego,
que ejerce su acción devoradora lo mis-
mo en el grano que en la paja.

—Tened en poco los favores que
hagáis y en mucho los que os hagan.

Los prospectos son generalmente co-
mo los amantes, que prometen más de
lo que pueden dar.

CANTAR

Llorando estás, porque un hombre
se burló de tu inocencia
¡si no pusieras aldaba,
nadie llamara a tu puerta!

Imp. de M. Sintes Rotger. — Mahón